Abelard, Peter

Historia y cartás auténticas

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 14

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Author : Abelard, Peter, 1079-1142.
Title : Historia y cartás auténticas en prosa y verso de los célebres amantes Abelardo y Eloisa.
Edition : Nueva ed.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Abelard, Peter, 1079-1142 Correspondence.
Subject : Héloise, 1101-1164 Correspondence.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Added Entry : Héloise, 1101-1164.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS)



HISTORIA Y CARTAS AUTÉNTICAS

EN PROSA Y VERSO

DE LOS CÉLEBRES AMANTES

ABELARDO Y ELOISA.

NUEVA EDICION.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA Y CARTAS

DE

ABELARDO Y ELOISA



INTRODUCCION.

Pedro Abelardo nació el año 1079 en Palais, pueblo de Francia, de corta consideracion, en la provincia de Bretaña, de familia distinguida. Su educacion fué correspondiente á su calidad. Pasados los años de la niñez, su padre Berenguer le quiso destinar [á las armas, mas su madre Lucía se opuso á ello. Aplicóse á las bellas letras con tanta ventaja, que en breve tiempo escedió á sus maestros. Su talento fué universal: aprendió latin, griego y hebreo: hízose grande orador, escelente filósofo, teólogo y jurisconsulto. El deseo de conocer á los mas famosos literatos de la época, le llevó á Paris contra la voluntad de sus padres. En aquella capital hizo grandes adelantamientos, que le acarrearon muchos émulos y enemigos. El escesivo ardor al estudio debilitó su salud, obligándole á tomar los aires nativos. Recobrado ya, volvió á París, y allí se dedicó de nuevo en la enseñanza de las Santas Escrituras, para cuyo efecto obtuvo un canonicato de aquella catedral, que le obligó á recibir las órdenes menores. Noticioso por este tiempo de que otro canónigo llamado Fulberto, tenia consigo una sobrina de talento y prendas muy aventajadas, que la fama por todas partes estendia, fué á estar con él y suplicarle que le dejara oir y hablar á tan célebre señorita. Amábala tiernamente el canónigo y hacia con ella oficios de padre (pues era huérfana desde su niñez), y como si estuviese ufano de la educacion que la habia dado, y de lo bien aprovechada que habia sido, accedió gustoso á la solicitud de tan famoso sugeto.

Era, en efecto, la jóven Eloisa (que así se llamaba) tan discreta y entendida, como modesta y hermosa, pareciendo que la Providencia la habia enriquecido con todas las dotes y gracias que dan atractivos al sexo delicado. Hallábase en la edad de 17 á 18 años, y á la mucha hermosura de su rostro reunia cualidades de ánimo muy relevantes.

La vió y habló Abelardo, y quedó absorto y prendado de ella: no sucediendo menos á Eloisa, cuyo corazon quedó herido de amor hácia un

hombre en cuyo rostro brillaban á porfía la gallardía y gentileza (sin embargo de tener 22 años más que la jóven), á par que su jovial conversacion y demás virtudes que la adornaban... Ambos esperimentaron á un tiempo y en su primera vista los poderosos efectos del amor, y sus corazones se sintieron irresistiblemente impelidos á mútua correspondencia.

Procuró Abelardo ganar y mover la voluntad del canónigo, á que le convidase á frecuentar sus visitas, cuyo pensamiento le salió á medida de su gusto: conseguido lo cual, ya logró Abelardo medio de enamorarse y apasionarse de Eloisa mas de lo que convenia á su estado eclesiástico de que se hallaba revestido.

En fin, ellos se apasionaron en tal estremo, que el deseo de estar mas frecuentemente unidos, movió á Abelardo á proponer al canónigo le admitiese por maestro y le diera habitacion en su casa, con pretesto de que fueran mas rápidos los progresos é instruccion de Eloisa, cuyo partido no tuvo dificultad en admitir Fulberto, con menos precaucion que la que debiera.

Los amantes se entregaron á sus placeres tan esclusivamente, que descuidaron todo lo demas, en términos de hacerse notable á los demás discípulos de Abelardo la negligencia y descuido con que los trataba. Cundió la voz, y pronto el rumor se estendió por Paris, que hasta se publicaron canciones, las que llegaron á oidos del canónigo, el cual encolerizado los separó al punto, despidiendo agriamente al maestro. No tardó Eloisa en aparecer en cinta, lo que descubrió la calidad de sus amores. Dió esta parte de su situacion á Abelardo, que para salvar la reputacion de su amada, dispuso estraerla secretamente de la casa de su tio, y conducirla disfrazada á casa de una hermana suya en Bretaña, avisada ya de antemano, lo que se verificó con grande indignacion de Fulberto, que juró vengarse del raptor.

Entretanto, Eloisa dió á luz un niño, que murió á poco de nacer. Abelardo, compadecido de las pesadumbres que habia ocasionado al canónigo, procuró aplacarle por todos los medios de sumision y respeto, hasta prometerle desposarse secretamente con Eloisa, palabra que fué aceptada y con señales, al parecer, de perfecta reconciliacion.

Abelardo corrió ansioso á participar esta nueva á su amada, creyendo que la seria muy agradable, mas sorprendióse cuando Eloisa, lejos de regocijarse, desaprobó su designio, empleando toda su sagacidad para apartarle de su propósito, manifestándole que los cuidados domésticos no eran convenientes á un filósofo; que era preferible el amor libre á la sujecion del matrimonio, y que apetecia mas ser amiga que esposa suya.

Nó podía conseguir Abelardo el desviarla de su opinion; pero al fin ella cedió (aunque contra su gusto) á las súplicas é instancias de su amante, cuya palabra estaba comprometida; y cuando su desposorio estaba para cumplirse, esclamó llena de afliccion: *Quiera el cielo que este funesto matrimonio no sea ocasion de ruina para entrambos, y que los trabajos que se subsigan no sean mayores que el amor que le ha precedido.*

Llegaron á casa del tio, celebráronse las bodas con todo sigilo; y verificado se separaron para mas disimulo, quedando Eloisa en casa del canónigo y yéndose Abelardo á servir su cátedra. Así pasó algun tiempo, hasta que Fulberto, no creyéndose bastante satisfecho de su ofensa y sediento siempre de venganza, principió por dár mal tratamiento á su sobrina, haciéndola grandes amenazas, de que ella se quejó á su esposo, quien al instante la sacó de allí para conducirla á la Abadía de Argentivil. Cada vez mas irritado Fulberto contra Abelardo, formó y llevó á cabo el proyecto de tomar una venganza ruidosa con la que quedasen castigados los dos esposos con un solo golpe. Para verificarlo cohechó con dinero á uno de los criados de Abelardo, que prometió entregar á su amo la noche que quisiera. Con efecto, cinco asesinos parientes de Fulberto, se introdujeron una noche en el aposento de Abelardo, y sorprendiéndole en su lecho le cortaron con una navaja los órganos de la propagacion, y huyeron; al ruido y á las voces acudieron gentes, y la justicia, informada del atentado horrible, descubrió á los cómplices, y algunos sufrieron la pena del Talion; entre ellos el criado traidor y el canónigo Fulberto, motor principal de aquel delito. Aburrido y avergonzado Abelardo, apenas curado de su herida, determinó ocultarse en la oscuridad de un claustro, no sin consentimiento de su esposa, á quien comunicó el referido desastre, exhortándola á seguir su ejemplo, despidiéndose para siempre del mundo engañoso; y Eloisa, que le amaba entrañablemente, quiso hacerse religiosa por complacerle.— Abelardo entró de religioso en el convento de San Dionisio, escitando antes de hacer sus votos á que Eloisa verificase los suyos, porque en medio de su desgracia llegó á tener celos y á temer que un rival le arrebatase el objeto de sus cariños. Eloisa conoció y sintió esta flaqueza de su amante, y, para desvanecer sus sospechas, se anticipó á hacer el voto de religiosa.

A pocos dias profesó Abelardo, y desde luego volvió á dedicarse y dar lecciones teológicas; pero en breve sus hermanos religiosos le miraron con ódio por las reprensiones que les daba sobre la inobservancia de la regla, cuya comunidad, al fin, le arrojó de su seno bajo frívolos pretestos.

El amor á la soledad lo empeñó á retirarse cerca de Noguen sobre el Sena, donde hizo construir un oratorio dedicado al Espíritu Santo, á quien dió por nombre *Paracleto*, que es como si dijera: *Consolador*. Tambien se le acusó de heregía por la dedicacion y nombre de este oratorio, de lo que consiguió justificarse plenamente; luego despues se fué á vivir á la abadía de San Gildas, cuyos monjes le movieron nuevas persecuciones. Tal era su suerte desventurada. En medio de estos contratiempos y alternativas, la Providencia le deparó ocasion de establecer en su *Paracleto* una comunidad de religiosas gorbernadas por Eloisa.

Mientras que Abelardo se complacia sobremanera en la contemplacion de una obra en que tanta parte le cabia, supo que sus enemigos no se descuidaban en redoblar sus esfuerzos para quitarle la vida por cualquier medio, lo que le precisó á retirarse al monasterio de Cluni en calidad de súbdito.

Desde entonces solo pensó en dedicarse con todo rigor al cumplimiento de los deberes que le imponia su estado.

Cuando se hallaba entregado solo á la penitencia, recibió carta de su amigo que con grandes demostraciones de aficcion le noticiaba un acontecimiento muy funesto que acababa de tener, en que habia perdido la prenda que mas amaba su corazon: todo á fin de hallar alivio en su respuesta y saludables consejos. Creyó Abelardo (y no se engañaba) que el medio de consolar á un triste era referirle desgracias y pesadumbres mucho mas trabajosas y pesadas que las suyas; y así, en su respuesta le hizo una menuda relacion de los sucesos de su vida y de la de Eloisa. Por una estraña casualidad llegó esta carta á manos de Eloisa que mirando en el sobre caractéres tan bien conocidos de ella, se sintió arrebatada (como dice en su primera carta) de un vehementísimo deseo de saber su contenido. Cada línea renovaba á sus ojos la dulce imágen del dueño que habia perdido. Estas dolorosas ideas, que no pudo contener en su interior, la obligaron á desahogarse escribiendo al ídolo de su amor; esto dió ocasion á la escelente correspondencia que se siguió entre tan dignos cuanto malhadados amantes, y la cual insértamos á continuacion.

No tardó en debilitarse la salud de Abelardo, y caer en su última enfermedad, que le hizo pagar el tributo comun á la naturaleza en la edad de 63 años y 25 de religioso. Su cuerpo fué depositado en el *Paracleto* á instancia de Eloisa y diligencia del abad de Cluni, Pedro el Venerable.— Eloisa sobrevivió 22 años á su amante, habiendo en todo este tiempo sido ejemplo de penitencia y virtud de su súbditas, que lloraron su pérdida.

Despues del fallecimieno de Eloisa se unieron ambos cadáveres, que todavía se conservan y manifiestan á curiosos y viajeros.

CORRESPONDENCIA DE ABELARDO Y ELOISA.

CARTA PRIMERA.

Eloisa á Abelardo.

Hace algun tiempo que la casualidad me trajo una carta que á un amigo tuyo encaminabas. Luego que conocí tu letra la abrí, disculpando mi satisfaccion el esclusivo derecho que en mi lisonja creo tener á cuanto á

tí pertenece ó de tí sale. Pero bien caro pago mi curiosidad, y hartas lágrimas me cuesta: que solo hallé en ella una circunstanciada relacion de nuestros trágicos sucesos. Conmovióse escesivamente mi espíritu, y parecíame supérfluo hablar allí (para consolar á tu amigo de alguna pequeña desgracia) de nuestros infortunios. ¡Qué reflexiones hice! ya el tiempo borraba en algun modo de mi memoria lo acerbo de nuestras penas, y habiéndolas visto escritas de tu mano, las sentí en lo íntimo de mi corazon. Representóse de nuevo á mi imaginacion cuánto por mí has sufrido: cuántos envidiosos te ha grangeado tu mérito... en fin, mi memoria nada perdonó del amargo recuerdo de nuestras desdichas.

La relacion que haces á tu amigo está escrita con tanta energía y sencillez, que ha faltado poco al leerla para ahogarme el dolor; y hubiera tenido gusto en volvértela borrada con lágrimas, si hubieran tardado mas en arrancarla de mis manos.

No dejes por eso de escribirme fielmente cuanto te suceda, por triste y doloroso que sea: que si es verdad que las penas comunicadas se alivian, refiriéndome las tuyas te serán menos pesadas. No te sirva de disculpa querer escusar mi llanto, porque tu silencio me seria mucho mas costoso aun. Acuérdate de mí; no olvides mi ternura ni mi fidelidad: piensa que te amo frenéticamente, aunque me esfuerzo algunas veces para no amarte. Mas, ¡qué blasfemia! ¡no amarte! esta idea me estremeco; me siento con deseos de borrarla del papel... En fin, concluye esta carta, Abelardo mio, diciéndote adios, tu—*Eloisa.*

CARTA II.

Abelardo á Eloisa.

A poder persuadirme que una carta que no se dirigia á tí podia caer en tus manos, me hubiera guardado de mezclar en ella cosa que pudiera renovar el recuerdo de nuestras pasadas delicias. Hablaba con satisfaccion á mi amigo de mis desventuras para que comparándolas, se suavizaran las suyas; perdóname, si creyendo hacerle mucho bien te he causado un grave mal: basta que yo, sin quererlo, te haya hecho sufrir, para padecer tambien contigo; porque, créeme, Eloisa, te amo mas que nunca, y voy á descubrirte mi corazon: he ocultado mi pasion despues de mi retiro, al mundo por vanidad y á tí por compasion: te queria curar con mi fingida indiferencia y escusarte las crueles amarguras de un amor sin esperanza.

La soledad en que creia hallar un asilo contra tí, deja que ocupes sola mi corazon y mi entendimiento: por mas que procuro apartarme de tí, tu imágen y mi pasion me sigue sin cesar: *Nada espero del amor, y no puedo consagrarme á la virtud.*

Eloisa, ¡qué débiles somos cuando no nos apoyamos sobre la cruz de Jesucristo! Los desiertos sin la gracia no apagan los fuegos que se traen á ellos. No me tengas por hombre de mérito; que no merezco ese elogio: mi flaqueza me anonada. Para aborrecerme piensa que he sido el seductor de tu inocencia y que he manchado tu reputacion; no me perdones por amor, válete del cristianismo para olvidar el mal que te he ocasionado. La prudencia quiere salvarnos: no nos opongamos á sus designios, Eloisa. No me vuelvas á escribir: esta carta será la última que yo te escriba: pero en cualquier parte que la muerte me coja, mandaré que mi cuerpo sea conducido al *Paracleto*. Entonces necesitaré de oraciones, no de lágrimas. Llora hoy para apagar nuestros ardores, y si no lo estuviesen aun los tuyos cuando me muriere, mi muerte será mas elocuente que yo: ella te enseñará que sola una cosa es digna de amor, y que pueda tambien ser amado eternamente.—*Abelardo.*

CARTA III.

Eloisa á Abelardo.

En este silencioso y triste albergue,
de la inocencia venerable asilo
donde reina la paz sincera y justa
en sosegado y plácido retiro,
y la verdad austera y penitente,
sujeta la razon el albedrío;
¿qué tempestad, qué horror tan impensado
vuelve á turbar el corazon tranquilo
de esta débil mujer? ¿Qué nueva llama
se aviva en lo interior del pecho tibio?
¿Quién renueva mi ardor mal apagado?
Amor, cruel amor, ¿tu fuego antiguo
empieza á renacer en mis entrañas
despues de tantos años? ¡Qué delirio,
infeliz Eloisa! ya pensabas
haber de amor el fuego sacudido,
¡y aun amas y conservas encubierto
de engañosa ceniza un fuego vivo;
¡oh Abelardo! ¡oh placer! ¡oh dulce nombre!

Estos rasgos de mí tan conocidos,
esta carta, estos tristes caractéres
por tan preciosa mano dirigidos,
cien veces los he visto, y otras tantas,
á mi amorosa boca los aplico;
sí, *Abelardo*, cien veces, y otras tantas,
¡oh *Abelardo*! mi bien.. ¡Pero qué digo!
¿y en esta soledad, tan tierno nombre
me atrevo á pronunciar, y aun á escribirlo?
perdona, Dios benigno: á tus altares,
inmenso Dios, me postro y sacrifico:
tu ley, tu ley, terrible me prohibe
escribir al esposo mas querido.
Ya *Eloisa* obedece tu mandato...
¡pero que en vano á resistir me animo!
si el corazon me dicta las palabras,
¿cómo podrá la pluma resistirlo?
¡oh triste soledad! ¡oh horror! ¡oh claustros!
¡prisiones infelices del destino!
mármoles insensibles, piedras duras,
pues no os puede hablar el dolor mio;
yertas cenizas, cuyas sombras frias
aplacamos con flores y con himnos;
¡quién fuera cual vosotras, insensibles!
en vano desde el trono Empíreo
me llama todo un Dios; mi pecho cede
de la naturaleza el yugo indigno.
En vano invoco al Cielo en mi socorro:
la oracion, las plegarias, los cilicios,
mi llanto y confusion no son bastantes
para aplacar la llama que respiro.
Apenas vieron mis turbados ojos
la carta que escribistes á tu amigo,
en aquel mismo instante, ¡oh *Abelardo*!
se renovó el dolor de mi martirio.
Acá á mis solas te contemplo y veo,
y á veces me parece que te miro
con placentero y halagüeño rostro,
la sien ceñida de amoroso mirto,
gustoso y satisfecho entre mis brazos
rendir al dios de amor tus sacrificios:
otras te miro solitario y triste,
cubierto de cadenas y cilicios,
pálida la color, y el rostro hermoso
con ayunos y lágrimas marchito

en la inquietud del ignorado claustro.
Ante las aras invocando auxilios,
allí la santa religion, opuesta
á nuestro amor intenta desunirlo,
y cortando cruel con violencia
lazos con tanto amor y tiempo unidos,
quiere hacer de *Abelardo y Eloisa*
dos seres olvidados de sí mismos.
¿Y podremos, y podremos sin desdoro
menospreciar lo mismo que quisimos?
¿abandonar la fé, el amor, la gloria
y el bien con tantas penas adquirido?
No, *Abelardo*, no puede tu *Eloisa*
vivir indiferente á su destino.
Escríbeme, formemos nuevos lazos;
yo lloraré tus males, tú los mios;
el eco acostumbrado tantas veces
á oir lamentos de amadores finos,
repetirá tus quejas y las mias.
¿Podrán quitarnos nuestros enemigos
hasta el consuelo acaso de querernos?
¿nos privaran aun de este triste alivio?
mis lágrimas son mias; libremente
regar con ellas puedo el suelo frio;
mas, ¡ah! que tú, *Abelardo*, tú me dices
que el llanto en que me anego y aniquilo
tan solamente se le debe al Cielo,
al Cielo que tenemos ofendido.
¡Pero que en vano intentas persuadirme!
todo al perderte lo perdí contigo.
Al contemplar que para mí no vives,
que no te he de ver mas, que te he perdido,
á tí solo mis lágrimas se deben,
por tí yo peno y lloro de continuo.
Hazme saber tus males ó tus bienes;
escribeme, *Abelardo*, yo lo pido.
El arte de escribir, don de los Cielos,
el arte encantador y seductivo
de oir, de hablar y de tratar sin verse,
un comercio tan dulce y tan activo,
sin duda fué invencion de dos amantes.
El puede hacer pasar un fiel suspiro
desde el frio Boreas al opuesto Antartos;
¡qué bien que espresa un sentimiento fino
en la agitada pluma de un amante

la sincera elocuencia del cariño!
allí sin rubor que turbe el alma,
ostenta amor su plácido dominio,
y vierte sin rodeos ni apariencia
su ardiente llama el corazon sencillo.
Nuestra union fué legítima y sincera,
los hombres la acusaron de delito,
¡y el Cielo, el mismo Cielo se resiste!
cuando tú me ofreciste bajo el nombre
sagrado de amistad el amor mismo,
turbada con tu vista anonadada
en el gustoso error de mis sentidos,
yo misma me buscaba los engaños
y preparaba á mi prision los grillos.
Te tuve por mi Dios, yo lo confieso:
no tuve mas querer, mas albedrío
que el mover de tus lábios amoroso.
Tú me pintabas el amor benigno,
afable, bienhechor, tierno y humano,
con esto, de tus labios á los míos
la dulce persuasion se introducia.
Eloisa te amó: siguió en tu busca
los pasos de amor no permitidos,
sin tener de su Dios en aquel tiempo
sino la sombra de un recuerdo frio.
Todo lo cedí; mi honor, mi gloria
te rendí muy gustosa en sacrificio.
Tú fuiste mi querer, tú mi destino,
mi anhelo, mi placer, mi Dios, mi todo:
todo, *Abelardo*, lo encontré contigo.
Cuando tu mano asida con la mia
quisiste unir nuestros afectos finos
con el terrible lazo de himeneo,
mi amor, mi mismo amor, lo contradijo:
¿qué intentas, te decia, loco amante?
Abelardo, amor no es un delito;
¿por qué pretendes, pues, esclavizarlo
á las tiranas leyes del capricho?
él nació, pues, libre, independiente,
¿por qué tiranizarlo y oprimirlo?
únanse con el lazo de himeneo
corazones mas bajos ó mas tibios,
mas no los de *Abelardo* y *Eloisa*.
Al verdadero amor nada le altera;
ni tiene falsedades ni desvios,

imagínate, *Abelardo*, que un monarca,
prendado en vano de mis atractivos,
y que ostentando con amor rendido
su poder, su opulencia y su reinado,
se lo ofrece á mi amor en sacrificio:
verás á tu *Eloisa* despreciando
de tanto bien el aparente brillo,
posponer al amor de su *Abelardo*
la grandeza, el honor y el reino mismo.
Tú, *Abelardo*, lo sabes, de mi pecho
solo tienes el trono y el dominio,
solo tú corazon es mi riqueza,
lo grandeza y los bienes á que aspiro,
los títulos que inventa la fortuna
solo con risa y menosprecio miro,
jactándome de ser tu *enamorada*.
Si hay hombre mas tierno, si mas digno
que esprese mi pasion con mayor fuerza,
ese será, *Abelardo*, el nombre mio.
¡Qué dulce es el amor! ¡Qué lisonjero
el ver corresponder un fiel cariño!
¿quién mas feliz que dos finos amantes,
que en una mútua llama consumidos,
un mismo pensamiento los anima?
¡dichoso aquel que ama, y mas dichoso
aquel que vé su amor correspondido!
dichoso quien amor nunca abandona;
que á solo amor es dado y concedido
el bien de hacer felices á los hombres,
sacrifiquémonos al amor propicio;
así pensaba yo cuando enojada
y envidiosa del bien en que nos vimos,
una mano cruel y temeraria
profanó... pero basta, ¡qué delirio!
de un golpe nos quitaron los placeres:
indique mi rubor lo que no digo.
Dichoso si el destino que nos rige
dejara alguna vez de perseguirnos;
pero aun otras desgracias nos aguardan:
de un abismo corremos á otro abismo.
Acuérdate, *Abelardo*, de aquel dia
que ante las sacras aras ofrecidos,
renunciando del mundo y de su pompa,
víctimas del amor entrambos fuimos.
Tú mismo con dudosa y débil mano

fuiste del acto fúnebre ministro;
mis tristes ojos de llorar rendidos,
bañaron con sus lágrimas (en vano)
el hábito sagrado y los cilicios;
el Cielo mismo oyó, no sin espanto,
los votos que uno á otro dirigimos:
y la luz que alumbraba á los altares
lució con un color triste y sombrío.
Ven, pues, lumbrera de mis tristes ojos;
ven, *Abelardo*, ven; el hado impío
no me prive tambien de tu presencia,
que es el bien postrero que te pido.
Ven, y renovaremos los placeres
de solo los amantes conocidos.
De nuestro amor cautivas nuestras almas
volverán á sus dulces estravíos.
Yo me abraso de amor en vivo fuego,
otra vez predomina en mis sentidos:
déjame recostar en tu regazo,
juntar tus dulces labios con los mios,
y unidos con estrecho y tierno lazo
respirar un amor y un fuego mismo.
¡Qué momentos! ¿te acuerdas, *Abelardo*?
¡qué encantos! ¡qué placeres! ¡qué delirios!
¡oh *Abelardo*! ¡oh placer! ¡oh qué tormento!
¡placer para *Eloisa* ya perdido!
¡tiempo pasado ya, recuerdos tristes
que aumentan el dolor de mi martirio!
¿pero qué dices, desgraciada monja?
No, *Abelardo*, no escuches mis delirios:
otros placeres hay, otros contentos:
muéstrame tú la senda y el camino.
Ven, sí; pero no vengas á quererme:
ven á enseñarme como buen amigo
á postrarme á los pies de los altares,
á dirigir mis llantos y gemidos,
bajo la suave ley de tu obediencia
al Cielo, de mis culpas ofendido:
ven y piensa á lo menos que las monjas
que habitan este lóbrego recinto
un director piadoso necesitan
que arregle sus diarios ejercicios.
Ellas recogerán desde tus labios
la voz sagrada de un prelado amigo,
y bajando con dócil obediencia

á su suave voz el cuello erguido,
se harán mas llevaderas con tu ejemplo
la soledad y horror en que vivimos.
Tú fundaste esta ley sagrada y veneranda,
las vírgenes humildes que la siguen
claman por un director piadoso
á quien con gusto quedaran sometidas.
Muévante, pues, sus lágrimas siquiera,
que yo en nombre de todas te lo pido.
Mas ¡ah! ¡qué caridad tan engañosa!
¡qué ingenioso es el hombre en su perjuicio!
yo soy sola, *Abelardo*, quien te llama!
ven, pues, de los amantes el mas fino,
de todos los esposos el mas tierno,
mi padre, mi querer, mi bien, mi amigo;
tu apasionada *Eloisa* no, no puede
ni aun seguir la virtud sino contigo:
yo me muero, *Abelardo*, ven, no tardes,
ven á cerrar mis ojos oprimidos
con el pesado sueño de la muerte:
ven y recoge el último suspiro
con el postrer aliento de mi vida.
Y tú, cuando el destino mas tardío
ponga fin á la tuya, cuando el tiempo
marchite los preciosos atractivos
que tanta pena y lágrimas me cuestan,
haz que se junte en un sepulcro mismo
tu ya helada ceniza con la mia.
El mismo amor sobre el mármol frio,
grabará por su mano el epitafio,
que por si algun curioso peregrino
se llega mas de cerca á contemplarlo,
dirá: *Aquí yacen dos amantes finos:*
guárdate, caminante, de seguirlos.



CARTA IV.

Abelardo a Eloisa.

Quién pudiera pensar que en tantos años
de penitente y retirada vida,
tanta oracion, ayunos, penitencias,
despues de tantas lágrimas vertidas;
cuando ya el cano hielo de los años
va arrugando la tez de mis megillas,
el fuego del amor no se estinguiera!
yo tambien algun dia lo creia;
mas, ¡cómo me engañaba! De esta calma,
de esta serenidad pura y tranquila,
que solo cabe en corazones castos,
¡cuán distantes estamos, *Eloisa!*
júzgalo por tí misma; aquesta carta,
con tanto ardor y tal pasion escrita,
una espresion tan tierna y elocuente,
amor llevó la pluma al escribirla.
Solo amor es capaz de tanto fuego:
amor dictó las espresiones vivas,
bastantes á avivar la llama oculta
que en mi ya tibio pecho se escondia.
No hay remedio: esta llama abrasadora,
cuando en mi débil corazon se abriga,
si númen superior no la combate,
si de nuestra misericordia condolida
la potencia de un Dios no la destruye,
en vano intenta el hombre resistirla.
Yo lo sé por mi mal: no habrá recurso
de cuantos la razon persuade y dicta,
que contra mi amor no llame en mi socorro,
cilicios, oraciones, disciplinas,
nada basta: su fuego irresistible
es de naturaleza tan maligna,
que cuantos mas obstáculos le pongo
mas con la oposicion crece y se aviva.
Las flores que hermosean la ribera
mil graduaciones de color varian;

allí una fresca y encarnada rosa
sus colores suavísimos respira.
Mas allá un tornasol enamorado
á los rayos del sol su faz inclina:
una vana azucena en otra parte
ostenta su bizarra lozanía:
nada de esto es hermoso ni agradable,
esclama mi pasion enfurecida.
Mas bella es *Eloisa*, mas hermosa,
mas puro el color de sus mejillas
que la derecha y cándida azucena
El mismo sol que las influye y cria,
si con sus bellos ojos se compara,
menos hermoso y mas oscuro brilla.
Una calle formada de arrayanes
me lleva á una distante casería,
término regular de mi paseo.
La simple risa y el placer la habitan:
una agraciada y tímida aldeana
gobierna cuidadosa su familia,
los pequeñuelos hijos la rodean;
uno con inocente y dulce risa
pide á su madre pan, otro la halaga,
otro sube á la trémula rodilla
del cariñoso padre: ella gozosa,
y en inocentes gustos sumergida,
reparte á todos con igual cariño
sus maternales besos y caricias.
¡Oh, qué escena tan triste y tan funesta!
¡qué terribles imágenes se escitan
en un alma de amor tan ocupada!
¡oh, amado objeto de dolor y envidia!
¡quién fuera cual vosotros! ¡quién pudiera,
estrechado entre los brazos de *Eloisa*
con el perpétuo é indisoluble lazo
multiplicar el ser que nos anima!
¡qué bien habrá que pueda compararse
con la posesion dulce y tranquila
de un objeto tan tierno y tan querido!
Cuanto producen las remotas Indias
por un solo momento de este estado,
¡cuán despreciable y bajo me seria!
¡con cuánto gusto fuera ganadero!
con el calor por la floresta umbría
cantando llevaria los ganados;

ó cuando por la tarde el sol declina
de la dura labranza fatigado
los perezosos bueyes guiaria;
en el umbral de nuestra triste choza
ya con la cena preparada y limpia,
culpándome de tardío y negligente,
solícita *Eloisa* esperaria.
Pero, ¡oh vanas ideas! ¡oh ilusiones!
¡oh esperanzas que no he de ver cumplidas!
idos lejos de mí... ya se acabaron
el placer, los contentos, las delicias.
Los gustos que otro tiempo me sobraban,
ya nada soy... con la venganza indigna
que tomaron de mí mis enemigos,
solo me aguarda el llanto y la ignominia.
Con este me levanto despechado,
sin aguardar la simple despedida
de la cortés y tímida aldeana,
que en mi turbacion sobrecogida,
lo que es humillacion y abatimiento
atribuye á virtud con fe sencilla.
Otras veces absorto en mis ideas,
sin senda que me guie y me dirija,
me subo á lo mas alto de una peña,
de alli descubre la ambiciosa vista
una llanura inmensa, en que á lo lejos
se ve un camino que á mi patria guia.
La memoria confusa y agitada
me recuerda mil imágenes antiguas
dormidas algun tiempo: un montecillo
me oculta con lo erguido de su cima
la morada feliz donde crecieron
los inocentes años de *Eloisa.*
Aquel es el paraje, aquel el sitio,
aquel el blando lecho en que yacia
cuando la vez primera á mis ternuras
rindió humillada su esquivez altiva.
Allí en vez de las útiles lecciones
de una sabia y veraz filosofía
con que instruir su corazon honesto,
las tiernas y amorosas elegías
que amor dictaba al elocuente Ovidio,
su engañoso maestro la esponia:
yo te enseñé á querer, yo fui el maestro
de la engañosa y pérfida doctrina

que corrompió tu cándida inocencia.
Yo en vez de la pureza y alegría
que en tu sincero pecho se albergaba,
sembré el error, la pena y la perfidia:
yo te conduje al solitario claustro,
donde una voluntad no persuadida
hizo á Dios el tremendo sacrificio
del resto miserable de tus dias.
Un hábito funesto, un triste velo
cubre el verdor, la gala y bizarría
del cuerpo mas hermoso y agraciado;
los bellos ojos cuya luz solia
causar envidia á tantas hermosuras,
hoy en la tierra con dolor se fijan.
¿Qué hará mi dulce bien en este instante?
absorta en su dolor y confundida,
¿se habrá olvidado ya de su *Abelardo*?
no, no es posible: su voluntad fina
no es capaz de olvidar mientras el alma
unida al cuerpo permanezca y viva.
Yo tambien por la noche doy la rienda
á mi imaginacion enardecida,
y busco en mil ejemplos que acumulo,
disculpa á la pasion que me domina.
Todos los hombres aman: el salvaje
que vive sin cultura y policía,
ama á su dulce y cara compañera:
el tostado africano, el fiero escita,
y aun los irracionales tambien aman.
Ama el pez en su estancia húmeda y fria,
y por el aire en acordados trinos
cantan su amor las tiernas avecillas.
Sigue el leon á la leona fiera,
el ciervo á la ligera cervatilla,
detrás de la becerra brama el toro,
y en los espesos árboles metida,
lamenta y gime con suspiros tiernos
su triste amor la viuda tortolilla.
Así cuando percibe desde lejos
el olor de la yegua apetecida,
desbocado el caballo generoso
con inquieto furor, brama y relincha.
El elefante y la pequeña hormiga,
el sencillo cordero, el lobo hambriento,
el sapo tardo y la ligera ardilla,

el insecto á la vista imperceptible,
y la ballena enorme, que domina
con su estension los dilatades mares,
todos sienten de amor la llama activa.
Amor, de la sagaz naturaleza
las varias producciones vivifica:
él reproduce en los amenos prados
las flores apagadas y marchitas,
y de las plantas útiles al hombre
los dulces frutos sazonados cria.
El estiende á los seres mas remotos
su dilatada y vasta monarquía:
por él baja la piedra hácia su centro,
por él las aguas hácia el mar caminan:
él hace generoso al avariento
y al mas cobarde infunde valentía,
que en busca del objeto que le arrastra,
á peligro mayor se determina.
Por él el atrevido y ciego amante,
sin respetar del ronco mar las iras
á nado lo atraviesa en una noche,
sin temor ni respeto que lo impida.
Cuantos mas riesgos, mas inconvenientes,
mas el amor los allana y facilita.
Amor ablanda el corazon mas duro,
y al hombre mas feroz rinde y mitiga.
Por amor llora el héroe mas valiente,
por él la madre tierna y compasiva
estrecha en su regazo el fruto adulto
de sus pasados gustos y alegrías.
Por él el viejo consumido y cano,
que vecino al sepulcro ya se mira,
vé en sus robustos hijos el apoyo
de los cansados años de su vida.
De amor es cuanto vive; cuanto siente,
por la virtud de amor nace y respira.
Amor es todo, sin amor no hay nada:
todo al imperio del amor se humilla.
Si amor es, pués, tan fuerte, si en el mundo
de su activo poder nadie se libra,
si todo se le humilla y se le rinde,
¿seré el único yo que le resista?
Tales son mis continuos pensamientos,
estas son las ideas que me agitan,
y esta furia, esta llama, esta locura,

no hay esfuerzo que baste á reprimirla.
Póngome en oracion, y perturbado
solo á *Eloisa* mi pasion medita.
Y cuando ya entre el sueño y la fatiga
batallando la máquina suspensa
ni bien despierta está, ni bien dormida,
oigo el reloj... las doce .. y á maitines
trémula la campana nos avisa.
Vístome y voy al coro apresurado;
la senda que á la iglesia me encamina
pasa por el vecino cementerio
y la imaginacion despavorida
con la terrible imágen de la muerte
el turbado cabello se me eriza.
Todo infunde un silencio pavoroso:
las copas lentamente conmovidas
de los cipreses fúnebres redoblan
el funesto terror que me intimida,
el importuno carabo no cesa
su lamentable y triste griteria;
la rana en el arroyo cenagoso
redobla su querella repetida,
y desde lo mas alto de la torre
melancólico el buho aulla y silba.
De los tristes objetos que me cercan
el temor de las imágenes duplica;
la planta temerosa y vacilante
pisa con miedo las cenizas frias
de tantos compañeros, que en el claustro
unió un destino y una suerte misma..:
mas, ¿dónde voy arrebatado y ciego?
¿podrá darte á entender la pena mia,
por mucho que se empeñe en esplicarlo,
la série de mis males infinita?
No, *Eloisa,* no puedo: adios, bien mio,
no nos queda otro arbitrio, vida mia,
que en lágrimas bañado el pecho y suelo,
invocar siempre la piedad divina.
Otras plumas mas tiernas y espresivas,
pintarán los objetos de esta llama,
que no se acabarán ni aun con la vida.
Los venideros siglos mas remotos,
los pueblos mas distantes y provincias,
conservarán de nuestro amor la historia
en mármoles y bronces esculpida.

servirá de ejercicio á los ingenios
espresándola en amena poesía.
Ninguna alma sensible al referirla
dejará de verter lágrimas tiernas,
débil consuelo á la cruel é impía
separacion que hasta el Empíreo cielo
para siempre divide nuestras vidas.
Renunciemos á vernos, y vivamos
libres de amor, de celos y ansias vivas;
procuremos entre ambos libertarnos
de suerte tan amarga y abatida.
Yo no puedo ya verte ni escucharte
sin incurrir en las celestes iras;
ni tú puedes tampoco pretenderlo
sin irritar la cólera divina.
Ya no pienses en mí, piensa en Dios solo,
y fija en él tus ojos noche y dia.

CARTA V.

Ultima respuesta de Eloisa.

Y tuya es esta carta? con que me amas
y á verme y visitarme te deniegas:
¿no basta, cruel, que tu *Eloisa*
en este triste claustro viva presa?
á esta negra mansion de pena y llanto,
donde la muerte y el horror se albergan;
á estos alzados muros, á estas tapias
que á mis llorosos ojos se presentan,
á tantas cerraduras, tantas llaves,
á este torno espantoso y á estas rejas,
¿intentas añadirme todavía
el continuo tormento de tu ausencia?
¡ay, querido *Abelardo*! tu mudanza
no puede corregir mi pasion tierna:
el amor de mi pecho ya se inflama
cuando mas frio ó tibio te me muestras.
En vano, en vano de mi pecho el fuego
pretendes apagar con tus ideas
mientras el alma en tu pasion absorta
y vuelta entre visiones halagüeñas,

está siempre mi imágen contemplando
tus caricias y gracias hechiceras.
Es fuerza, amigo, no hay remedio,
que te vea *Eloisa* ó que perezca.
¿Qué digo, desdichada? En mi desgracia
la mano vengadora y justiciera
de todo un Dios irrito. ¡Qué horrores,
qué de crímenes negros se me engendran!
Ya abrasada en angustias lastimeras,
suelto en desórden el cabello al viento,
llorosa al Cielo envío mis querellas,
lucho, me agito y me fatigo en vano,
orando por calmar mi pasion ciega;
que mi mano violenta y anhelosa
en alas del deseo al pecho vuela
de su distante bien, y ¡ay de mí, triste!
le siento palpitar en cada vena,
yo que en otro tiempo de tu fiel cariño
me ví colmada y de placeres llena,
ahora miro furibunda y triste,
sin consuelo á mi bárbara tristeza,
y á un desastroso fin abandonada.
¿Será que el Ser Supremo se complazca
en nuestro suspirar y amargas penas?
¿Será... será virtud un sacrificio
que no pudo aprobar naturaleza?
¡Mas qué digo, insensata! ¿cómo olvido
los votos fervorosos, las promesas
que ante las sacras aras ofrecimos?
Apiádate, gran Dios, de mi miseria:
una débil mujer, vil polvo, nada,
abrasada de amor, de fuego llena,
¿cómo puede vencerse y moderarse,
si Vos no la prestais vuestra existencia?
¿Y es forzoso que olvide á mi *Abelardo*
para poder del todo merecerla?
Sacrificio costoso, mas debido,
supuesto que Dios mismo me lo ordena,
resígnome gustosa... ¡oh *Abelardo*!
Adios, adios, mi bien, mi cara prenda...
¿con que habré de olvidarte para siempre?
¿y será irrevocable esta sentencia?
Yo, *Abelardo*, no puedo por mi parte
á una ley sujetarme tan funesta;
y luego para mí que te idolatro,

¿qué es el cielo viviendo tú en la tierra?
¿á qué al caso cubrir bajo este velo,
bajo este velo santo, la viveza
del indómito amor que me devora,
si aparece su llama por do quiera?
¿para qué he de jurar no mas amarte
si el alma cada vez te ama mas tierna?
cada sol que renace, nuevo fuego
trae á mi corazon con llamas nuevas:
cada sol al morir deja á mi pecho
entre nuevos ardores nuevas penas;
y la Gracia divina apenas basta
para poder contemplar su activa fuerza.
Ven, ¡oh dulce *Abelardo*! ven á hacerme
algo mas soportable mi existencia:
si no te veo mas, si te ensordeces
á mis tiernos suspiros y á mis quejas,
¡oh cuál vas á encontrar mis crudas llagas!
¡y á qué graves dolores me condenas!
¿qué temes, amor mio? No, mi vista
la paz no alterará de tu conciencia,
no imagines, prenda, que tu pecho
se muestre amoroso y se enternezca,
ni que alivias mis males como esposo,
ni que rendido amante compadezcas.
Yo verte solo quiero y obligarte
á que no me olvides, y me atiendas.
Ven, imágen querida, pues mi mente
tan solo por tí vive, por tí anhela,
y un perenne santuario será siempre
de do nunca arrancarle nadie pueda.
¡Mas qué digo! *Abelardo*, no me escuches.
sepulta á tu *Eloisa* en el olvido,
pues el mismo Dios así lo ordena.
Estas bóvedas tristes, estos claustros
que en silencio de una noche quieta,
en tu halagüeña imágen toda absorta,
velar, gemir y orar antes me vieran,
acaso me verán apaciguada
si mi virtuoso amante por mí ruega.
¡Oh Padre Omnipontente, Dios benigno,
que del Cielo bajastes á la tierra,
por solo el bien del hombre que lavaste
con tu muerte y pasion sus impurezas,
¡tambien yo soy hechura de tu mano,

y acreedora tambien á tu clemencia!
calmadme una pasion que infatigable
lucha con mi deber, y mas se aumenta
cuando me esfuerzo mas en combatirla;
apiadaos, Señor, de vuestra sierva.
¡Pero que en vano ruego fervorosa!
¡qué vanas oraciones! ¡Ah! no hay fuerza
que baste á desunir los corazones
que libres de prision á unirse vuelvan.
¿Qué vale que mi voz ciertos momentos
el olvido pronuncie en apariencia,
si el amor y n da mas constantemente
profiriendo está el alma con firmeza?
¡Oh, *Abelardo!* ¡oh dolor! ¡oh Dios inmenso!
¡yo no sé qué es de mi!... no hay en la tierra
mujer mas infelice. ¡Cielo santo,
sostenedme y darme fortaleza!...
Y en tanto que la dulce poesía
tenga lustre y honor, mientras se aprecie
la sensibilidad dulce y benigna,
y á la activa pasion que nos oprime
la especie humana se sujete y rinda,
será eterno y durable entre los hombres
el amor de ABELARDO Y ELOISA.

FIN.